

La desaparición del sujeto institucional

María Inés García Canal*

Iniciamos con una afirmación: el sujeto institucional desaparece. Cuatro palabras que al conjuntarse adquieren un sentido explícito, designan el proceso de borrado de un tipo determinado de sujeto —el institucional— que hizo su aparición y floreció en el Occidente moderno.

Pero ¿cuál es la significación de este enunciado?, ¿cuál es el sentido de afirmar que el sujeto resultado del proceso institucional se halla hoy en vías de extinción?

Hemos calificado al sujeto, le hemos dado una adjetivación, lo hemos nominado *institucional* a través de esta calificación lo hemos ubicado en un espacio y un tiempo determinados. No hablamos de cualquier sujeto, sino de aquel que fue construido, modelado y connotado por una o varias instituciones, formaciones que asumieron

*Departamento de Política y Cultura, UAM Xochimilco.

características propias a partir del siglo XIX en Occidente marcando nuestra historia; que hizo de todos nosotros, hombres y mujeres, sujetos a instituciones como resultado de años de trabajo *civilizatorio*.

No podemos imaginar este proceso sin su efecto y también causa: la institución; ni tampoco es imaginable sin su técnica civilizatoria: la disciplina. Institución y disciplina se dan conjuntamente, una requiere de la otra, una es causa y efecto de la otra. La disciplina es una técnica de ejercicio del poder que tiene como objetivo conformar los cuerpos de los sujetos y absorber y ritmar su tiempo de vida, ya sea de manera parcial o total.

Este proceso disciplinario hizo de hombres y mujeres *sujetos* (en el sentido estricto de la palabra) y elaboró en ellos, a través de diversas técnicas, su *subjetividad*, la que Accionamos como propia, única, insustituible, permanente, natural e invulnerable... no siendo más que el resultado y efecto de ese *trabajo institucional* sobre nuestra interioridad. La institución y la disciplina no sólo modelaron los cuerpos exigiendo una gestualidad, sino que implantaron en ellos sensaciones y dirigieron su capacidad deseante hacia determinados objetos sobre los cuales debían anclarse. No sólo obligaron a pensar ciertos contenidos y a adscribir a específicos valores, sino a repetir determinados discursos cual si fuesen propios, no siendo otra cosa que el decir anónimo y forzoso de la institución.

Es en esta trama que la subjetividad es producida, provocando en los sujetos emociones específicas, elaborando sentimientos, incitando rechazos, acelerando acercamientos. Esta unió algunos cuerpos y favoreció el distanciamiento de otros: produjo un ordenamiento dado al despliegue azaroso del erotismo, impuso así una determinada *economía* al despilfarro de la energía deseante a través de su gasto productivo. El espacio que hizo posible este proceso no fue otro que el institucional. Los elementos que se manipularon en su interior, objetos y seres humanos, adquirieron unos el carácter de "cosas", objetos en el sentido estricto; y los otros se hicieron "sujetos", atados a normas, reglas y objetivos con el propósito de conducir el gasto de sus energías hacia fines productivos y valorados por lo social.

El despliegue fue negado; el dispendio gratuito de energía, rechazado... La disciplina jugó un papel preponderante en esta tendencia de dirigir el dispendio hacia fines utilitarios a través del ritmado del tiempo de los sujetos. Este "trabajo" disciplinario modeló sus cuerpos y produjo un tipo de *subjetividad* propia del mundo moderno. Sin estas instituciones, todas ellas de clausura (total o parcial) y su técnica disciplinaria, no hubiera sido posible el proceso "civilizatorio". Este hacer fue denominado "humanitario", ya que se afirmó que la disciplina sacaría a la luz la *esencia humana*, siendo considerada como proceso de humanización, de alejamiento de la animalidad y de la barbarie.

Este discurso escondió su carácter histórico y utilitario y, al mismo tiempo fue construyendo, en lo social, un cierto tipo de sensibilidad que dominó en el mundo civilizado.

Otro elemento de fundamental importancia en la formación de este tipo de sujeto, resultado de la sociedad disciplinaria, es la asunción, por parte de la institución, del habla de los sujetos que la constituyen. Ya no son los individuos los que se expresan, sino un sujeto anónimo, sin referente concreto que subsumió las hablas individuales (del yo y del tú); así, es la familia la que habla, la pareja o la escuela, la academia, la ciencia o el Estado, la cárcel o el hospital... Se constituyó un sujeto colectivo de habla, sin autor concreto, una voz anónima que opaca las individuales y esconde a los sujetos, sus jerarquías y órdenes tras un nombre o una sigla y que fagocita a todas las voces, a cada una de las singularidades que habitan la institución. Una voz potente y homogénea que acalla toda disonancia. El sujeto, al hablar, debe hacerlo conjuntamente con esa voz, formar parte de ese coro, ser constante, no dasafinar.

Es entonces en esa cultura conocida como reino de la individualidad y la yoicidad donde se pierde el yo lingüístico, la primera persona del singular. Son todos y ninguno los que hablan, se abisma el autor, desaparece la voz de la autoridad hablante y el que habla logra voz porque le es otorgada por la institución a quien representa, a la que "cedió" su cuerpo, su espacio y su tiempo y gracias a la cual posee nombre e identidad. En este tipo de habla el yo es tragado por un *nosotros* y, tal como lo propone Benveniste, esta persona verbal (primera del plural) "expresa una persona ampliada y difusa. El nosotros anexa al yo en una globalidad indistinta de otras personas" (Benveniste, 1977). Este pronombre utilizado por los sujetos intitucionalizados los traga y permite establecer una separación tajante con otros nosotros: nosotros y los otros, quienes son satanizados. Este nosotros institucional de la familia, la escuela, el partido o cualquier institución fija; para los sujetos, su núcleo de pertenencia que se transforma en la matriz que le otorga nombre, ubicación y le da existencia.

Así, el nosotros llevado a su exceso permite la disolución del yo de los integrantes, quienes se hallan profundamente socializados y homogeneizados, siendo una falacia calificar a este tipo de sujetos como individualistas. No debemos olvidar la paradoja que implantó la modernidad al desarrollar un discurso jurídico que preconizó la igualdad de los sujetos, reafirmando la presencia de un yo indiviso y responsable, al mismo tiempo que llevó a cabo una práctica que produjo efectos contrarios, sin justificación teórica alguna, posibilitando la disolución lenta y paulatina del yo en un nosotros institucional y demandando una responsabilidad no nacida de la singularidad, sino impuesta por normas exigidas por esas instituciones.

A su vez, todas las instituciones generaron, en sí mismas, diferentes aparatos: económicos, políticos, jurídicos, judiciales y epistemológicos, a los cuales el sujeto se sometió homogenizándose. Se hizo sujeto normal. La sociedad disciplinaria (Foucault, *Vigilar y castigar*) permitió y preconizó el surgimiento de la institución, sin embargo, fue dejando lentamente de lado la técnica disciplinaria que le dio origen sin abandonarla completamente. De esta manera, la disciplina fue

refuncionalizada en relación con nuevos objetivos y necesidades diferentes de las que permitieron su emergencia en el siglo XIX.

A partir de mediados de ese siglo nuevas técnicas hicieron su aparición en los espacios institucionales provocando el surgimiento de sujetos, ahora sí, *institucionales*, tipo que hoy, casi a finales del siglo XX, pensamos que camina hacia su desaparición, dando origen a una subjetividad nueva y diferente de aquella. Estas nuevas técnicas desarrolladas en la institución podríamos agruparlas en cuatro grandes rubros, con el fin de que permitieran dar cuenta del tipo de sujeto que han sido capaces de producir.

1. Anonadamiento o técnica de chok(ing)

El ingreso a la institución está marcado por una serie de rituales de iniciación en la cual se inscribe la primera sujeción a ese espacio. Es necesario que esa entrada en el mundo propio de la institución sea lo suficientemente fuerte, emocional y aun física, para que deje huellas que el sujeto no pueda olvidar. La institución convoca a los sujetos y estos "voluntariamente" se acercan y someten a cierto ritualismo, a una serie de pruebas con el fin de lograr su inserción en ese nosotros del que hemos hablado; las cuales pondrán en evidencia si el sujeto merece o no ser integrado a esa globalidad. El objetivo que se persigue con estos rituales consiste en ubicar al sujeto en una situación que haga evidente su inferioridad en relación con el resto y se inscribe en el intento de provocar la humillación sistemática del ingresante por su desconocimiento de la institución; por otro lado, evidencia su desvalimiento preconizando un mayor sometimiento, que lo llevará a buscar desesperadamente ser admitido por ese Yo ampliado y difuso y aceptar al mismo tiempo que será necesario, para poder formar parte de ese nosotros, que su subjetividad sea trabajada con el fin de modificarla según los patrones institucionales, pues debe ponerla en consonancia con el modelo subjetivo que ese espacio propone.

A través de esta técnica se intenta que el sujeto adopte la forma de pensar y hablar, al igual que cierta gestualidad corporal aceptada y exigida por la institución, con el propósito de pertenecer de manera homogénea al todo ampliado; sólo entonces podrá ser reconocido y re-conocerse como integrante de ella.

2. Infantilización

En íntima relación con la técnica anterior, el sujeto es puesto en el lugar de un niño que debe aprender (y con rapidez) esta nueva forma de comportamiento y de discursos, proceso semejante

ai que vivió en su infancia durante el aprendizaje de caminar y hablar, ya que debe acceder a un lenguaje privado, propio de los ya iniciados, que constituye el habla de la institución. Es colocar al sujeto en una situación de inferioridad tratando de mantenerlo indefinidamente en ella para que no pueda llegar jamás a la autonomía. Se le hará notar que su comportamiento no logra acercarse al esperado; así se remite al sujeto a sus primeras etapas de vida, especialmente a la anal, el momento del duro y doloroso aprendizaje del control de los esfínteres.

Se ejerce sobre él un estricto control y vigilancia, refrendándole, constantemente, su escasa capacidad para salir de ese estado infantil como una forma de promover éste e inscribir, con fuerza, el sometimiento en su subjetividad como un hecho "natural" e inevitable. La idea de la muerte es alejada del imaginario institucional, lo que provoca, a su vez, una sensación de estatismo y de encierro total al desaparecer del imaginario la temporalidad y la finitud.

3. Autogestión

Paradójicamente se les propone a los sujetos que realicen en conjunto la gestión del espacio. Todos son responsables de su funcionamiento, lo que produce necesariamente una jerarquización y las respectivas divisiones entre ellos, de tal manera que son algunos de los miembros de la institución, aparentemente pares, los que ejercen directamente el poder sobre el resto, sin olvidar la implantación de la técnica anterior, el infantilismo, que permite reforzar la autogestión, al tiempo que la crítica y la autocrítica interna refuerzan la infantilización, haciendo más profundo el sometimiento. El ejercicio del poder pierde rostro, no se ubica en lugar alguno, adquiere omnipresencia y su potencialidad se expande.

4. Fascinación

Esta técnica tiene como finalidad provocar que la energía libidinal sea depositada dentro de este espacio, al proponer los objetivos de la institución como metas de la vida de los sujetos que la integran. Fascinación, enamoramiento, hipnosis podríamos llamarla siguiendo la mirada freudiana de *El Yo y la psicología de las masas* (Freud, 1921). Disolución del yo, su pérdida y desquiciamiento; su alineación en tanto enajenado, hecho un otro para integrar esa misma mismidad, agonía lenta de su capacidad de resistencia seducida por el nosotros.

Esta técnica instaura a su vez un proceso de amnesia de todas las experiencias anteriores, de olvido de todas las posibilidades del sujeto fuera de ese espacio. La institución y sus objetivos se convierten en sus únicas posibilidades, a los que deben dirigir sus esfuerzos, su vida está

marcada por ellos. Allí, y sólo allí, se asientan sus deseos. Una muralla invisible demarca el espacio donde está permitido el fluir del deseo. No en vano algunos autores, como Deleuze (Deleuze, 1974), nos dicen que el sadismo se expresa siempre a través de la fórmula institucional, que es capaz de "definir un estatuto de larga duración [...] involuntario, intransferible y constitutivo de un poder cuyo efecto puede perjudicar a terceros". Esto daría pie a una larga discusión sobre las estrechas relaciones entre la institución y el sadismo como manifestación libidinal de las relaciones que se desarrollan en su interior, de esa íntima relación, plagada de erotismo y placeres, entre víctimas y verdugos.

Todas estas técnicas han ido haciendo del sujeto *disciplinado* (Foucault, 1978), que respondía a las necesidades de la sociedad en su conjunto a través de una actividad dirigida, vigilada y controlada, un sujeto *institucional* que cayó bajo los efectos narcotizantes del anonadamiento, la seducción y la fascinación, matando en sí mismo toda capacidad de respuesta, toda su fuerza resistente que era la energía que mantenía viva la tensión y, por ende, producía la acción y el movimiento. El sujeto *institucional* ha sido objeto de esta serie de técnicas, muy especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando comienzan a producirse cambios de importancia relacionados con lo que se ha dado en llamar una cultura de masas, que sin lugar a dudas ha ocasionado transformaciones en la subjetividad occidental, modelando un nuevo tipo de sujeto.

Así, llevado al extremo el sometimiento de este tipo de sujetos, podemos constatar que su actividad comenzó a disminuir convirtiéndose en sujetos profundamente pasivos, infantilizados, anonadados, sin capacidad de respuesta. Este sujeto pasivo, sin voz ni reflejos reactivos, se caracteriza por su estatismo, su inmovilidad. Esto ha provocado la emergencia de una nueva subjetividad en Occidente, con su correspondiente sensibilidad; es decir, ha nacido un nuevo tipo de sujeto que ya no responde a las disquisiciones teóricas ni a las formulaciones explicativas que se hicieron de él, ya sea como sujeto disciplinado o como institucional.

Esta nueva subjetividad es profundamente melancólica, en un sentido mucho más terminante que el que se daba a ciertos enfermos en el siglo XIX; encontramos en ella, profundizada, la caracterización de la melancolía que aparece en el texto freudiano (Freud, 1917). Cuando hablamos de sujetos melancólicos hoy es en el sentido de aquellos que no pueden reconocer lo que han perdido; saben que han perdido, pero el objeto de amor ha sido sustraído de su conciencia. Ya no luchan por un objeto de amor, ya no reaccionan ante el dominio, ya no resisten al poder... se dejan vivir sin conciencia.

Las técnicas disciplinarias que produjeron al sujeto disciplinario fueron profundizadas y sofisticadas, dando con ellas nacimiento al sujeto institucional. Esta técnica llevada al extremo, perfeccionados y sutilizados sus métodos, ha permitido segregar un nuevo tipo de sujeto, una

subjetividad predominantemente melancólica, silenciosa, sin pasiones ni intereses, sin objetivos ni fines, sin saber ni discursos, movilizado sólo por la inercia, sofocados sus yo por apatía.

Actualmente, una frialdad apática asola a cada una de las Instituciones, que se van deshaciendo paulatinamente por abulia y flojera, por un ritmo *ralenti* en el que ni siquiera podríamos hablar de "conformismo", sino de *una profunda y blanca apatía, un aburrimiento ante una larga historia de repeticiones y fracasos, un hastío ante todo tipo de fe y de creencia*. Mirada pesimista se podría decir, pero no se trata de pesimismo o de optimismo; es simplemente una mirada. Son formas nuevas, diferentes, de sobrevivencia de los sujetos ante las que debemos hacernos cargo y tratar de entender observando su funcionamiento: la forma como se constituye una nueva maquinaria social.

Hoy decimos que este tipo de sujetos no posee capacidad de resistencia ni reacción, pero sin duda esta nueva subjetividad que se expande y globaliza en el mundo actual, elabora formas distintas que nuestra mirada, todavía marcada por códigos anteriores, no puede ver. No podemos reflexionar sobre este nuevo tipo de subjetividad si no planteamos el problema al interior de una reflexión más amplia que tenga en cuenta las modificaciones del sistema mundial, a las que solamente hacemos referencia siguiendo las reflexiones de Félix Guattari (Guattari, 1989).

Estamos frente a un capitalismo mundial integrado, no existe país que escape de él, todos se hallan bajo su férula. No hay actividad humana que esté fuera de su control y el ejercicio del poder va más allá de lo económico, o bien de lo político; abarca todos los campos de significación y desarrolla una semiosis que contribuye a la conformación de un nuevo tipo de subjetividad. Este capitalismo no respeta territorios, naciones ni países, formas de vida ni organizaciones. **Los** Estados-nación tienden a diluirse a favor de regiones económico-políticas. Sus centros de decisión son móviles; se desconoce su rostro, su nacionalidad, su lengua, colocados por encima de los Estados-nación.

Para poder mantener la consistencia de la fuerza colectiva de trabajo a escala internacional, el capitalismo mundial integrado debe hacer coexistir zonas de "superdesarrollo" y "superenriquecimiento" (localizadas no sólo en los centros capitalistas tradicionales), de "subdesarrollo relativo" y, además, zonas de "pauperización absoluta", independientemente de la localización geográfica de las mismas. Los sujetos en el mundo actual pueden dividirse en dos categorías: *los garantizados*, que tienen inserción en los centros de hiperenriquecimiento, una especie de nueva aristocracia (mal utilizado el término, pero no contamos con otro) para quienes está reservada la libre circulación de bienes y personas, y los *no garantizados*, condenados a la inmovilidad en cualquier rincón del mundo, convirtiendo esas zonas en verdaderos campos de trabajo forzado, o de exterminio, muchas veces a escala de países enteros, pero también ubicados en contigüidad a los centros de altísimo desarrollo tecnológico y económico.

Estos cambios sustanciales, ante los que no tenemos un instrumental teórico para analizar, ni siquiera para describir, utilizan las características de esa subjetividad que se impone en el mundo actual y podríamos decir, teniendo presentes estos problemas que hemos anotado, que la nueva subjetividad iría desde la melancolía en ciertos grupos hasta el conformismo militante en la defensa activa de las garantías logradas por ciertas capas temerosas de perderlas, que permitiría explicarnos las actitudes nazistas y profascistas de grandes grupos de la población europea y estadounidense, marcadas por el odio a todo tipo de diferencia y a toda forma de pobreza, que adquieren para ellos la fuerza y la representación del mal.

Por otro lado aparecen masas pauperizadas, disminuidas físicamente en su capacidad de resistencia, quienes por oleadas esporádicas salen de su pasividad movilizadas por el hambre, el odio, la humillación... una especie de grito gutural todavía no elaborado. Entre unos y otros el espectro de posibilidades se abre; es un nuevo tipo de subjetividad que se halla en vías de constitución, que hoy se nos aparece como melancólica y pasiva; que va lentamente dejando el espacio institucional, pero aún no podemos discernir sobre su futuro, dónde y cómo se incrustará, qué tipo de sociabilidad nueva será capaz de crear...

Quizá se dirija hacia formas *tribales* de organización tal como lo establece Maffesoli (Maffesoli, 1990), quien encuentra en el mundo actual dos tipos de estructura, por un lado una a la que llama sociedad, estructura social que nos ha sido legada por el mundo moderno en la que los sujetos no creen, a la cual no dan su apoyo, que funciona con esquemas vaciados de contenido; y, por otro lado, un sistema subterráneo de efectos intensos e intensificados, de solidaridades de una fuerza afectiva insospechada que funciona como una tribu. Maffesoli nos dice que una tribalidad nueva y renovada se gesta en las entrañas de la sociedad poniéndola en duda; tribus nómadas, cambiantes, con objetivos precisos, determinados, momentáneos, que rompen con las instituciones, que se deslizan entre ellas y socavan los cimientos de lo social. Relaciones intensas, inestables, móviles, erotizadas por el flujo de energía capaz de jugar la vida hasta la propia muerte. Una sociabilidad otra, un retorno a maneras aparentemente primitivas, que al insertarse en el mundo actual adquieren formas novedosas; una vuelta a la horda y la emergencia, ahora sí, de un brutal individualismo grupal (valga la paradoja).

Bibliografía

Emile Benveniste. *Problemas de lingüística general*, t.I, México, Siglo XXI, 1971.

———*Problemas de lingüística general*, t.II, México, Siglo XXI, 1977.

Guilles Deleuze. *Presentación de Sacher-Masoch*, Madrid, Taurus, 1974.

Michael Foucault. *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1978.

Sigmund Freud. "Psicología de las masas y análisis del yo", *Obras completas*, Barcelona, Amorrortu, 1979.

———"Duelo y melancolía", *Obras Completas*, Barcelona, Amorrortu, 1979.

Félix Guattari. *Cartografías del deseo*, Santiago de Chile, F. Zegers Ed., 1989.

Michel Maffesoli. *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria, 1990.

Leo Scheer. *La sociedad sin amo. Ensayo sobre la sociedad de masas*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1980.